

¿ES LA TIERRA UN PROBLEMA JUDIO?

ARTHUR WASKOW

Arthur Waskow es Director del *The Shalom Center*, autor de *Seasons of Our Joy*, y su próximo libro *Down to Earth Judaism: Food, Money, Sex, and the rest of Life*, y es co-editor de *New Menorah*, una publicación de la renovación judía.

Tomado de *Tikkún*, Vol. 7, Nº 5, September-October 1992.

Si pudiésemos imaginar el mejor de los contextos posibles para un cambio político progresivo, podríamos intentar dirigirnos a:

. Un muy importante y agudo peligro que amenaza a la gente a través de, virtualmente todas las categorías étnicas, económicas y sociales.

. Un status quo, en el cual, aquellos que más se benefician por no hacer nada respecto a ese peligro, son realmente pocos y se hallan concentrados en posiciones de gran fortuna y poder.

. Una visión alternativa que sugiere deseo y gozo, de modo tal que la acción política no se halla enraizada únicamente en el miedo y el enfado, sino también en la celebración y la esperanza.

. La posibilidad de iniciar pequeñas actividades entre las familias y comunidades locales, frente a frente, como así también grandes movimientos en la política pública.

. La posibilidad de formar un equipo con símbolos, ideas y prácticas, que otorguen a la gente, un fuerte sentido del significado emocional, intelectual y existencial, los cuales ya, como conjunto, poseen legitimidad en la cultura; y los que se pueden revitalizar auténticamente como vía de cambio social, aún cuando todavía no se hayan "puesto en funcionamiento" con tal fin.

. La presencia de una proto-comunidad o red de gente e instituciones, en las cuales esos símbolos e ideas formen raíces; idealmente una comunidad que también haya aprendido a ser políticamente efectiva y haya construido una base de mando.

Todas estas condiciones se encuentran en lo que respecta a los peligros que enfrenta actualmente la trama de vida en este planeta. Esta trama que no es lo que nos "envuelve" sino que efectivamente forma parte de nosotros como nosotros formamos parte de ella, se halla ahora en mayor peligro que en momento alguno desde que nació la raza humana, y el peligro surge del uso desenfrenado y destructivo de la tecnología humana.

Al mismo tiempo poseemos mayor comprensión de la marea en sí, de la que jamás hayamos tenido. Y vislumbramos la posibilidad de una vida gozosa como parte de la trama planetaria, si logramos aprender a vivir como parte de ella, a vivir dentro y con la tierra más que desde y sobre ella.

Simbólicamente, la curación de la tierra es el problema trascendental de nuestra generación, ya que nos afecta en nuestro sentido más amplio de conexión con la naturaleza y con las futuras generaciones.

A diferencia de muchos problemas simbólicos, también nos afecta en nuestra vida diaria, ya que la tierra herida nos golpea de vuelta a través del dolor intenso y la muerte, a causa de cánceres producidos por el medio ambiente, enfermedades del sistema inmunológico y hambrunas, con un futuro aún peor, mientras el recalentamiento global y el agotamiento del ozono se aceleran y mientras los envenenamientos a causa de petroquímicos y plutonio se cobran su parte durante décadas posteriores al evento.

Esta confluencia de problemas simbólicos y prácticos está motivando a mayor número de nosotros a que sintamos la *necesidad* de actuar y que sintamos que es *posible* actuar.

A los efectos de actuar con inteligencia, fuerza y pasión, debemos unir nuestro moderno conocimiento científico con la antigua sabiduría espiritual. Y debemos unir a ambos con la fuerza y efectividad de la política.

El pueblo judío está involucrado en el éxito de este proyecto y posee ambos, su propia sabiduría y su propia fuerza política para contribuir a transitar este trayecto de la vida.

Uno se preguntaría ¿por qué los judíos? ¿Qué singular rol debemos jugar?

Nuestra inferencia no es más singular que aquella de los navajos, o la de los ciudadanos de Chernobyl o la de los obreros del caucho en el Amazonas, o los de los bosques de arrayanes, o la de los delfines. Cada uno de nosotros está en peligro, y tal vez cada uno de nosotros tenga algo singularmente propio que contribuya a formar un gran mosaico que necesita ser pensado, dicho y hecho. ¿Podemos entonces esgrimir nuestra singularidad para salvarnos a nosotros mismos y a los demás?

Aquí es importante darse cuenta que el pueblo judío, como el navajo, posee una sabiduría tradicional que se remonta a mucho antes de la era moderna; y, como la mayoría de las ciudadanías inteligentes, el pueblo judío posee también los contactos, los conocimientos y la ocasión para actuar eficientemente en el ruedo político moderno. Si el movimiento para curar la tierra necesita las dos cosas, sabiduría y fuerza, podemos contribuir con algo de ambas -si eligiéramos hacerlo-. Y si realmente eligiéramos hacerlo, el hecho de trabajar para curar la tierra puede tornarse en palanca que movilice a la comunidad judeo-americana hacia una dirección progresiva.

Dado que la mayoría de los judíos norteamericanos estamos económica y socialmente cómodos, la experiencia más aguda del peligro actual hacia

nuestras vidas, es posiblemente la del medio ambiente. Es también la que debemos compartir con otros de todas clases y países. Por lo tanto se prestan a ambos, a la acción judaica y a la estructura de una coalición.

Dado que las corporaciones mundiales (especialmente aquellas vinculadas al petróleo, petroquímicos y automóviles), son las mayores opositoras de una economía política que proteja la tierra; el problema se presta a un análisis progresivo que se profundizará constantemente entre la gente que comience a actuar.

La gente es más efectiva cuando actúa en conjunto, en comunidad, con una visión compartida.

"El pueblo judío podría ser tal comunidad, compartiendo tal visión. Gran parte de lo que practicamos vuelve a nuestros orígenes, como pueblo pastoral-agricultor que comprobó en la vida diaria que necesitábamos sostener la tierra que nos sostenía".

Desde este conocimiento creció la práctica del Shabat y del año Sabático, cuando juntos descansamos nosotros y la tierra; las festividades que celebran los ciclos de la tierra, el sol y la luna; y la noción de que necesitamos controlar nuestro propio consumo a través del código de comida kasher.

Es verdad que la mayoría de nosotros nos hemos encogido de hombros, ante estas prácticas tratándolas como anacronismos únicamente aptos para un pueblo pastoral-agricultor. Pero lo que ahora estamos aprendiendo respecto a la trama de vida sobre la tierra es que aún somos, por así decirlo, un pueblo de pastores y granjeros. El único problema consiste en si somos pastores y granjeros buenos o destructivos. Los buenos pastores saben que viven en un ecosistema que incluye ovejas, pasto, lluvia, tierra, escarabajos y los pastores mismos. Los pastores son distintos de otros elementos en el ecosistema, principalmente por eso de que tienen un mayor grado de responsabilidad conciente para vivir en equilibrio dentro de la trama ecológica.

Hoy nosotros, todos nosotros, somos responsables en realidad de la supervivencia de muchas formas de vida sobre el planeta. Podemos fomentar el equilibrio o destruirlo.

El recobrar este concepto de nosotros como pastores de dentro de toda la vida, no significa regresar a lo que exactamente era ser literalmente pastores en la antigua tierra de Canaan. Hoy podemos efectivizar, no revalidar sino *efectivizar* las propuestas que entonces aprendimos, a través de generaciones de experiencia. Podemos aprender de ellos (nada menos, desde el verdadero sentido que lleva a una visión multigeneracional a crear una política social sabia) y podemos dirigirlos hacia nuevos caminos. *"Nuestras ceremonias, nuestras congregaciones, nuestras metáforas, nos podrían unir en la emoción, el intelecto y el espíritu, para actuar sobre problemas del medio ambiente"*.

Nuestras tradiciones judaicas también pueden darnos una visión de esperanza y vida gozosa, no únicamente una visión de condena. En efecto, nuestra manera de interpretar la exigencia de descansar el sábado y el año sabático es el inflexible conocimiento de que si no lo hacemos la tierra de todos modos nos obligará a hacerlo, a través de la desolación. Realmente, la Torá dice eso exactamente. Pero, hicimos del Shabat y el año sabático, no un tiempo de inflexible prohibición y miedo, sino un tiempo de gozo, un tiempo para cantar, para hacer el amor, para estudiar las antiguas enseñanzas sagradas, para compartir la nueva sabiduría que emerge constantemente de nuestras vidas, si nos tomamos el tiempo de permitirle llegar.

Del mismo modo, podemos extraer de la crisis ecológica, no solamente un concepto de peligro sino también de vida entrelazada, y una práctica de vida que festeje este entretreído. Podemos comenzar a establecer en nuestras vidas actuales algo del más armonioso futuro que imaginamos. Eso haría a nuestras políticas más íntegras y más poderosas.

Si renovamos nuestra tradición (y especialmente los trozos de ella referentes a sanar la tierra), para abocarnos a la crisis actual; habrá doble recompensa: una tierra más sana y un pueblo judío más sano. Una campaña judía a favor del medio ambiente traerá a muchos judíos de regreso a la comunidad, que de otro modo están alejados de la vida judaica, en especial los jóvenes, para quienes el curar la tierra es asunto de vida o muerte.

En este círculo de acción, ambas, la práctica de la vida diaria y la acción social son importantes. Esto significa que tanto los judíos que piensan que el judaísmo se centra en guardar kashrut como así también los que piensan que se centra en la acción social, pueden involucrarse, y luego ampliar esto paso a paso.

El acto político más urgente y de necesidad más evidente, es el de crear una coalición judaica de prevención del recalentamiento del globo. Tal coalición exigiría cortes masivos de las emisiones de dióxido carbónico, en especial la reducción radical del uso de nafta y petróleo.

Existen muchos frentes en los cuales esa batalla debería librarse -la conservación, las nuevas fuentes de energía renovable, la regulación más rigurosa de perforaciones y barcos petroleros, nueva política en el transporte, las mayores regulaciones obligatorias posibles en el control de recorrido de los automóviles en EE.UU., impuestos mayores en gasolina, y tratados internacionales que tornen obligatorias las reducciones de emisiones de CO₂.

En los niveles local, regional y nacional, los judíos necesitan trabajar ligados a una amplia esfera de otros grupos de medio ambiente, otros grupos religiosos, y grupos de acción pública que estén enraizados en

distritos electorales raciales, étnicos, laborales o regionales. Eso *no* significa desvanecerse en el montón. Tenemos nuestra propia sabiduría, nuestra propia experiencia, nuestras propias organizaciones y nuestras propias redes para contribuir. Así, organizados en sectores, todos lograremos mucho más.

Esto no sucede espontáneamente. *Necesitamos organizadores.* Un *cuerno* de organizadores, no solo de individuos desparramados. Que sean devotos, con sentido de compromiso del uno hacia el otro, como así también hacia la tierra y hacia el pueblo judío. Así es como se logra hacer las cosas. El esfuerzo del Shalom Center al crear un "*Eco Shalom Corps*" apunta en esa dirección.

Esa será la gente que, en edad universitaria, se está entrenando durante un mes como organizadores orientados judaicamente, con conocimientos sobre medio ambiente. Luego, son ubicados como practicantes durante un año, a los fines de conectar a los grupos judíos dentro de las ligas del medio ambiente. En las mejores circunstancias, permanecerán en mutuo contacto año tras año, desarrollando un *esprit de corps* que los mantendrá movilizados durante años y décadas a los fines de curar ambos, a la tierra y al pueblo judío.

Aunque la reducción en el uso de nafta y petróleo sea una de las acciones más urgentes y factibles, existen otros medios políticos que deberíamos considerar sobre la base de plazos más largos. Entre ellos se *podrían* considerar uno o todos de los siguientes ítems:

- Estimular al pueblo judío a lo largo y a lo ancho de todo el mundo a re-armarse a sí mismo como comunidad modelo, a los fines de lograr una práctica de vida respetuosa con respecto al medio ambiente -incluyendo un contundente apoyo a la adquisición, consumo, conservación e inversión para el "*Eco-Kashrut*", por parte de la comunidad judía, retribuyendo todo el estudio judaico actual (educación rabínica, campamentos de verano, años en Israel, escuelas sinagogaes vespertinas, estudio de la Torá para adultos, planes de estudios para escuelas de día) que encaren el problema de protección a la tierra, recobrando el ciclo del calendario judaico como la celebración del sol, la luna y la tierra, y apoyando a los organizadores del medio ambiente que están comprometidos judaicamente.

- Estimular a Israel para que se convierta en centro mundial de investigación, desarrollo, producción y venta de tecnología pro-medio ambiente. Israel se halla en una situación inusualmente buena para moverse en esta dirección, ya que tiene antecedentes relativamente fuertes en energía renovable y solar y una fusión de nuevos inmigrantes que son capacitados técnicos e ingenieros pero que carecen de empleo. Los judíos progresistas que desean que Israel sea próspero, seguro y *menshlij*, sacarían gran provecho ayudando a crear un Israel cuya primordial alta tecnología de exportación fuera no solamente armas, sino automóviles y calefactores solares.

- Apoyar la ampliación de “declaraciones respecto al impacto del medio ambiente” (actualmente aplicadas a la utilización del suelo), hacia inversiones más importantes en nuevos productos, e inversiones gubernamentales (ej. solicitar propuestas para un nuevo programa de rutas que se someta a un informe de impacto al medio ambiente, que se confronte con una inversión similar sobre tránsito masivo; solicitar a las empresas más importantes que se asesoren respecto al impacto sobre el medio ambiente antes de desarrollar e introducir nuevos productos importantes).

- Urgir moratorias periódicas (ej. uno de cada siete años?) respecto a toda nueva investigación y desarrollo tecnológico, excepto la investigación sobre enfermedades mortales, durante las que se efectuaría una gran revisión nacional/internacional de las metas de nuevas tecnologías y sus efectos sobre la sociedad y el medio ambiente.

- Urgir la adopción de un período de alcance nacional de un día por mes (por semana?) para “vivir con bajo impacto”, bajo consumo de combustible, electricidad, carne, etc. Desalentar activamente los viajes y otras prácticas de alto consumo de energía durante ese día, y estimular festivales folclóricos vecinales, reuniones municipales que traten sobre la curación de la Tierra, etc.

¿Qué significa para nosotros acercar tales propuestas “judías” a las cuestiones más amplias de política nacional e internacional? Estamos acercando la sabiduría judaica para sustentar no solo sus enseñanzas específicas con respecto al camino a transitar por el pueblo judío, sino cómo se podría dirigir a toda la raza humana y, aún más, a todos los seres vivos que respiran en este planeta.

Hay, en efecto, inscripto dentro de la Torá específicamente judía, una Torá que se aplica a toda la tierra. Esa es la Torá de los hijos de Noé, la Torá del Arco Iris - el pacto de preservar todas las especies y los grandes ciclos de tiempo de siembra y cosecha, frío y calor, verano e invierno, día y noche. Esta es la Torá abovedada, la enseñanza crucial dentro de la que cada una de las preguntas debe ser preguntada, cada uno de los problemas debe ser dilucidado. Lo que significa hoy en día es que no debemos inventar tecnología alguna, establecer impuesto alguno, declarar guerra alguna, ni tomar decisión alguna, sin antes preguntar: ¿Cómo afectará esto a la biósfera dentro de la cual se hallan encastradas nuestras sociedades y nuestras vidas, y de la cual todos dependemos?

Traducción: Susy Nahmías